

CLARICE LISPECTOR

PARA NO OLVIDAR
Crónicas y otros textos

Traducción del portugués de
Elena Losada

Libros del Tiempo **Ediciones Siruela**

Índice

Nota previa

Marlene Gomes Mendes	13
----------------------	----

PARA NO OLVIDAR

Un pintor	19
Los espejos	20
Por no estar distraídos	22
Noche de febrero	22
El cetro	23
Cuerpo y alma	23
Futuro de una delicadeza	24
Instantánea de una señora	24
Paul Klee	25
Un pato feo	26
El secreto	26
Mucho más simple	26
Pero ya que hay que escribir...	27
La cena divina	27

«Acaba de salir»	27
La vez de la misionera	27
Domingo por la tarde	28
Pero es que el error...	28
Novela	28
Cómo se llama	29
Érase una vez	29
África	30
Trabajo humano	31
La experiencia más grande	31
Mentir, pensar	31
La pesca milagrosa	32
Acordarse	32
Escribir, humildad, técnica	32
Sin heroísmo	33
Sin aviso	33
Aventura	34
La catedral de Berna, domingo por la noche	34
En el pesebre	35
Esbozo de un armario ropero	36
Literatura y justicia	36
Quién era ella	37
Hora de que el marinero parta	38
Primavera no sentimental	38
Bandera al viento	38
Abstracto y figurativo	38
Nuestra naturaleza, cariño	38
Un escalón más arriba	39
Gloria a Dios en las alturas y...	39
Malestar de un ángel	39

Una imagen placentera	43
Silent night, holy night	45
Reconstrucción de una dama	45
Aldea italiana	46
Conversación con un hijo	46
Verano en el salón	47
Un hombre discreto	47
Estilo	47
Brasilia	47
Brasilia: esplendor	52
Domingo, antes de dormir	72
Porque quiero	73
El arte de no ser voraz	74
Zaguán en Grajaú	74
La cocinera feliz, la grandeza de la sinceridad	74
Crónica social	75
La mermelada viva	75
La explicación inútil	77
Come, hijo mío	80
Sumisión al proceso	81
Crítica leve	82
Crítica fuerte	82
Una ira	82
No soltar a los caballos	86
Avaricia	87
Los chanchullos	87
Recuerdo de un verano difícil	87
Un amor conquistado	89
El té	91
El reclutamiento	92

Buena noticia para un niño	93
El primero de la clase	93
Dibujando un niño	93
Una italiana en Suiza	97
Hermanos	99
Un hombre público	101
Cumpleaños	102
Cumpleaños	102
Notas sobre danza hindú	102
La posteridad nos juzgará	105
El cuarto secreto, tu cuarto	105
«Ad eternitatem»	106
Aproximación gradual	106
Comprensión	106
Largo, hinchado descanso	106
Perfil de los seres elegidos	106
Escribir, prolongar el tiempo	110
Reconociendo el amor	111
Dos maneras	111
Una puerta abstracta	111
Berna	112
La venganza y la penosa reconciliación	113
«Las apariencias engañan»	117
«No es oro todo lo que reluce»	117
Esperanza	117
La mudez cantada, la mudez danzada	118
La escritora	120
Un hombre español	122
El líder	125
Atención al sábado	126
Por ser hoy	127

La sensible	127
Discurso de inauguración	128
Escribiendo	130
Mineirinho	132

Nota previa

Todo texto con tradición –tomando la palabra en el sentido que la crítica textual le otorga– tiende a presentar, en las reproducciones que de él se hacen, un número de alteraciones mayor o menor que van desde los errores cometidos por distracción del mecanógrafo hasta las «correcciones» bienintencionadas de los revisores. Por eso es necesario proceder al establecimiento del texto, procurando, a través del cotejo con las ediciones publicadas en vida del autor, restituirle su estado fidedigno y genuino.

Clarice Lispector escribía y reescribía sus textos, pero no se preocupaba de guardar sus manuscritos y originales, como se puede comprobar en el archivo que se encuentra en la Fundação Casa de Rui Barbosa, cuyo inventario fue organizado por Eliane Vasconcellos y publicado en 1994. De toda su obra de ficción sólo quedó un original mecanografiado: el de Agua viva, sobre el que escribió en carta a Olga Borelli, en una muestra de su exhaustivo trabajo sobre el texto: «...No he podido esperarte, me estaba muriendo de cansancio, porque he estado trabajando sin interrupción desde las cinco de la mañana. Desgraciadamente tengo que hacer yo la copia de Detrás del pensamiento, siempre he hecho la última copia de mis libros anteriores

porque cada vez que copio voy modificando, aumentando, en definitiva modificando» (cursivas nuestras).

Sin embargo, después de mandar el texto a la editorial, Clarice ya no se interesaba más por él, según declara en la entrevista concedida a Affonso Romano de Sant'Anna y Marina Colasanti para el Museu da Imagem e do Som, el 20 de octubre de 1976:

Affonso. Tienes tus textos escritos en la cabeza. Y una vez me dijiste una cosa impresionante: que nunca relees un texto tuyo.

Clarice. No. Me da náuseas. Cuando se publica es un libro muerto. No quiero saber nada más de él. Y cuando lo leo me sueña extraño, me parece malo. No los leo, ¡qué va!

Olga Borelli, gran amiga y compañera de Clarice Lispector, con quien hemos hablado recientemente, nos aseguró que realmente Clarice no revisaba sus textos después de haber mandado los originales a la editorial.

Así pues, no es posible trabajar con textos de Clarice Lispector si ignoramos el hecho de que no los revisaba y de que, por lo tanto, no hacía cambios de una edición a otra.

Los textos reunidos en este libro constituían originalmente la segunda parte de *La legión extranjera* (1964). Denominados por su autora «Fondo de cajón», venían precedidos por la nota siguiente:

Esta segunda parte se llamará, como una vez me sugirió el nunca suficientemente citado Otto Lara Resende, «Fondo de cajón». Pero ¿por qué librarse de lo que se amontona, como en todas las casas, en el fondo de los cajones? Recordad a Manuel Bandeira: para que ella me encuentre con «la casa limpia, la mesa puesta, con cada cosa en su lugar». ¿Por qué sacar del fondo del cajón, por ejemplo, «La pecadora quemada», escrita sólo por diversión, mientras esperaba el nacimiento de mi primer hijo? ¿Por qué publicar lo que no sirve? Porque lo que sirve tampoco sirve. Además, lo que evidentemente no sirve siempre me ha interesado mucho. Me gusta de manera cariñosa lo inacabado, lo

incompleto, lo que torpemente intenta un pequeño vuelo y cae sin gracia al suelo.

En la entrevista citada anteriormente Clarice se refiere a la sugerencia de Otto Lara Resende y dice: «[...] en esa segunda edición la editorial Ática quiere publicar sólo los cuentos y después las anotaciones...». Y más adelante: «[...] van a separar los cuentos de las crónicas, pero el volumen de las crónicas ya no se llama Fondo de cajón, que es detestable, se llama Para no olvidar». Y añade: «Quieren publicarlo por separado, pero seis meses después de La legión extranjera. Será a finales de 1977 o a principios de 1978». De hecho, tanto la segunda edición de La legión extranjera como la primera de este libro salieron en 1978.

De los ciento ocho textos de los que constaba La legión extranjera, uno fue suprimido, la obra de teatro La pecadora quemada, y los otros sólo sufrieron modificaciones.

En las ediciones que se han publicado hasta hoy se han incorporado al texto algunas incorrecciones que procuramos subsanar en esta edición.

Marlene Gomes Mendes

Un pintor

La sorpresa de ver que el pintor empieza por no temer a la simetría. Es necesaria experiencia o valor para revalorizarla, cuando fácilmente se puede imitar lo «falsamente asimétrico», una de las originalidades más comunes. La simetría es concentrada, lograda. Pero no dogmática. Es también vacilante, como la de los que han pasado por la esperanza de que dos asimetrías se encuentren en la simetría. Una tercera solución: la síntesis. De ahí tal vez ese aire despojado, esa delicadeza de cosa vivida y después revivida, y no ese arrojo de los que no saben. No es exactamente tranquilidad lo que hay ahí. Hay una dura lucha de cosa que a pesar de estar corroída se mantiene allí, y en los colores más densos está la lividez de lo que incluso torcido se mantiene en pie. Sus cruces están torcidas por siglos de mortificación. ¿Son altares? Por lo menos el silencio del altar. El silencio de los portales. Lo verdoso adquiere el tono de algo que está entre la vida y la muerte, una intensidad de crepúsculo. Hay bronce viejo en los colores quietos, y acero; y todo ampliado por un silencio de cosas encontradas en el camino. Se siente un largo y polvoriento camino

antes de llegar al cobijo del cuadro; de alguna manera éste es un cobijo, por fin, y acoge. Aunque los portales no se abran. ¿O ya es iglesia el portal de la iglesia, y ante él ya se ha llegado? Todavía falta la lucha para no traspasarlo. Y en ningún cuadro se dice: «iglesia». Son muros de un Cristo que está ausente, pero los muros están allí, y todo es tangible, finalmente tangible para quien viene de lejos. Porque es pintura tangible: las manos también la miran. El pintor crea el material antes de pintarlo, y la madera se vuelve tan imprescindible para su pintura como lo sería la madera para un escultor. Y el material creado es religioso: tiene el peso de las vigas de un convento. Es compacto, cerrado como una puerta cerrada. Pero en él se han rasgado aberturas, como desolladas por uñas. Y a través de esas brechas se ve lo que está dentro de una síntesis. Color coagulado, violencia, martirio son las vigas que sustentan el silencio de una simetría religiosa.

Los espejos

¿Qué es un espejo? No existe la palabra espejo, sólo espejos, porque uno solo es una infinidad de espejos. ¿En algún lugar del mundo hay una mina de espejos? No hacen falta muchos para tener una mina centelleante y sonámbula: bastan dos y uno refleja el reflejo de lo que el otro reflejó, con un temblor que se transmite como un mensaje intenso e insistente ad infinitum, liquidez en la que se puede sumergir la mano fascinada y retirarla goteando reflejos, los reflejos de esa agua dura. ¿Qué es un espejo? Como la bola de cristal de los videntes, me arrastra al vacío que para el vidente es su campo de meditación y para mí el campo de silencios y silencios. Ese vacío cristalizado que tiene dentro de sí espacio para seguir siempre adelante sin parar; porque el espejo es el espacio más profundo que existe. Y es algo mágico: quien tiene un trozo roto puede irse a meditar con él al desierto. De donde volvería también

vacío, iluminado y translúcido, y con el mismo silencio vibrante de un espejo. Su forma no importa; ninguna forma consigue circunscribirlo y alterarlo, no existe un espejo cuadrangular o circular: un pequeño pedazo es siempre todo el espejo: se saca de su marco y crece como se derrama el agua. ¿Qué es un espejo? Es el único material inventado que es natural.

Quien mira un espejo y consigue al mismo tiempo la independencia de sí mismo, quien consigue verlo sin verse, quien entiende que su profundidad consiste en que está vacío, quien camina hacia el interior de su espacio transparente sin dejar en él el vestigio de la propia imagen, ha entendido su misterio. Para eso hay que sorprenderlo en su soledad, cuando está colgado en un cuarto vacío, sin olvidar que la más fina aguja frente a él podría transformarlo en la imagen de una aguja.

Debo de haber necesitado mi propia delicadeza para no atravesarlo con mi propia imagen, porque un espejo en el que me veo soy yo, pero el espejo vacío es realmente el espejo vivo. Sólo una persona muy delicada puede entrar en el cuarto vacío donde hay un espejo vacío, con una ligereza tal, con una ausencia de sí misma tal, que la imagen no se marque. Como premio, esa persona delicada habrá penetrado entonces en uno de los secretos inviolables de las cosas: he visto el espejo propiamente dicho.

Y he descubierto los enormes espacios helados que tiene en sí, sólo interrumpidos por algún que otro bloque de hielo. En otro instante, éste muy infrecuente –y es necesario estar al acecho días y noches, ayunando de uno mismo, para poder captar ese instante–, en ese instante conseguí sorprender la sucesión de oscuridades que hay dentro de él. Después, sólo en blanco y negro, recobré también, con un escalofrío, una de sus verdades más difíciles: su gélido silencio sin color. Hay que entender la violenta ausencia de color de un espejo para poder recrearlo, como si se recrease la violenta ausencia de sabor del agua.